Nos están llevando a la guerra

En los últimos días estamos asistiendo a una sucesión de acontecimientos que, aunque aparentemente desconectados, merecen una reflexión conjunta.

En España, la aparición de mochilas, maletas y paquetes sospechosos ha provocado desalojos, cortes de calles, movilizaciones policiales y detonaciones controladas. En numerosos casos, las inspecciones han terminado confirmando que no había ningún artefacto explosivo. Sin embargo, cada episodio alimenta una sensación de inseguridad que se extiende mucho más allá del lugar donde se produce el incidente.

En Francia, los ciberataques contra los sistemas de refrigeración de cientos de supermercados han puesto de manifiesto, y de manera interesada, la vulnerabilidad de infraestructuras cotidianas. Un problema de seguridad informática que se ha incorporado rápidamente al discurso de las amenazas híbridas y de la confrontación geopolítica.

En el norte de Europa, Estonia también ha vivido episodios de alerta relacionados con la seguridad de su espacio aéreo y las amenazas procedentes del entorno regional, en un contexto de creciente tensión entre Rusia y los países de la OTAN. Todo ello nos lleva a preguntarnos qué consecuencias políticas y sociales está teniendo esta sucesión de episodios de alarma.

Convertir el miedo en una constante, hace que la población empiece a aceptar como normales medidas que en circunstancias ordinarias exigirían un debate mucho más profundo, y a aceptar más vigilancia, más controles, más restricciones, más gasto militar y una creciente subordinación de las prioridades

sociales a las necesidades de seguridad y defensa.

El concepto de guerra híbrida, que engloba amenazas informáticas, sabotajes, desinformación y otras formas de presión, está adquiriendo un protagonismo interesado y creciente, que permite dislocar otras supuestas amenazas como la inmigración y el control de las fronteras que han perdido actualidad, para transformar el marco discursivo hacia un horizonte extremadamente amplio, capaz de presentar cualquier problema como parte de una confrontación permanente y justificar respuestas cada vez más excepcionales, que no son otra cosa que aprovechar el clima de miedo para construir un consenso social favorable al rearme y al aumento continuado de los presupuestos militares. En este contexto debemos examinar cómo se utilizan políticamente estos acontecimientos, qué intereses se benefician de determinadas decisiones y qué discursos se construyen a partir de ellos.

El aumento del gasto militar no es una decisión neutra. Supone destinar recursos públicos que dejan de estar disponibles para sanidad, educación, vivienda, dependencia y pensiones. Y cuando se consigue presentar el rearme como una necesidad inevitable, desaparece progresivamente la discusión de las consecuencias de un aumento presupuestario en armas sobre la clase obrera para que termine interiorizando que la guerra es inevitable, que el enemigo está en todas partes, que vivir permanentemente en estado de alerta es normal y que cualquier sacrificio económico o social está justificado en nombre de nuestra seguridad.

La historia nos ha enseñado que la burguesía, dueña de los medios de comunicación y de los cuerpos armados permanentes, ha acostumbrado progresivamente a la clase obrera a escenarios que, poco tiempo antes, habrían considerado inaceptables y para muestra las dos Guerras Mundiales. Primero llega la percepción de una amenaza extraordinaria, después, la

aceptación de medidas extraordinarias y, finalmente, la idea de que no existe otra salida que prepararse para la guerra. El capitalismo, en su fase imperialista, y una vez repartido el mundo, no puede salir por otro lado que por la guerra hacia un nuevo reparto del mundo y allí nos están llevando con su egoísmo, su expolio y su usura, poniendo los intereses de la industria armamentística por delante de las vidas de la clase obrera. Por las rápidas transformaciones del modo de producción capitalista, al capitalismo le sobran los obreros por millones.

El PCOE, insuflando conciencia de clase, se convierte en un instrumento para combatir la resignación ante la guerra. La clase obrera no puede permitir que los intereses de la burguesía, rapaz, violenta y tendenciosa, y mediante la creación del miedo, nos desclase y atente contra nuestros principios irrenunciables del internacionalismo proletario. El objetivo del veneno burgués del miedo, está orientado a hacer creer a la clase obrera que la preparación para la guerra contra nuestros hermanos de clase de otros países es la única forma posible de garantizar la paz. Como hemos dicho antes, el capitalismo, en su fase decadente y putrefacta, el imperialismo, sólo puede salir por la guerra una vez que el mundo está repartido. Por lo tanto, la única forma para garantizar la paz mundial, ya que en el desarrollo del modelo productivo actual sobramos obreros por millones, es su superación hacia un modelo donde la producción social termine con la apropiación privada de la misma y haga saltar las costuras de las formas de propiedad privada hacia la apropiación social de la producción.

Frente al miedo, el PCOE responde con conciencia de clase. Frente a sus estrategias para justificar el rearme, los comunistas enarbolamos la solidaridad entre los pueblos. Frente a los intereses del capital y de la industria armamentística, anteponemos la organización y el combate

permanente por una sociedad donde los recursos se destinen a garantizar una vida digna y no a preparar la muerte. La clase obrera no tiene ninguna guerra que ganar entre nosotros, pero sí un mundo que conquistar que se llama Socialismo.

¡Frente al veneno burgués del miedo, organización obrera!

¡Proletarios de todos los países, uníos!

¡Socialismo o muerte!

Comisión de Agitación y Propaganda del Partido Comunista Obrero Español (PCOE)